

particulares para borrar crímenes de insulares muy alejados; y respondieron que agradecían mucho sus palabras al capitán, pero que Pomaré era su reina y estaban decididos á ayudarle en esta dificultad. Este acuerdo y su ejecución pronta, puesto que al día siguiente quedó la subscripción abierta, terminaron admirablemente esta notable escena de lealtad y de buenos sentimientos.

Con motivo de la discusión habida, varios jefes hicieron muchas preguntas el capitán Fitz-Roy sobre las leyes y costumbres internacionales, en particular acerca del trato usado con los barcos y los extranjeros. En seguida comenzaba la discusión y muy poco después quedaban votadas las leyes. Varias horas duró este parlamento taitiano; y cuando se cerró la sesión invitó á la reina Pomaré el capitán Fitz-Roy á que visitara el *Beagle*.

25 de Noviembre.—Envíanse, por la tarde, cuatro canoas para transportar á S. M., el barco está empavesado y colocados los marineros en los obenques, cuando llega la Corte á bordo; acompañan á la reina casi todos los jefes, que se conducen con toda corrección; no pidieron nada y parecían muy satisfechos de los obsequios que el capitán les hizo. La reina es una mujer gorda que no tiene gracia, ni belleza, ni dignidad; sólo posee una cualidad real: una perfecta indiferencia para todo cuanto la rodea. Los cohetes causaron universal entusiasmo, después de cada explosión, se levantaba un formidable grito en toda la bahía; admiraron mucho los cantos de los marineros, y dijo la reina que uno de los más alegres era en realidad un himno. Hasta después de media noche no regresó á tierra el cortejo real.

26 de Noviembre.—Levamos anclas durante la tarde

y favorecidos por una hermosa brisa de tierra nos alejamos en dirección de Nueva-Zelanda. Al ponerse el sol echamos la última mirada sobre las montañas de Taití, isla á que cada viajero ha pagado un tributo de admiración.

19 de Diciembre.—Por la tarde comenzamos á distinguir en lontananza la Nueva-Zelanda. Ahora podemos decir que casi hemos atravesado el Pacífico. Se necesita haber navegado por este inmenso Océano para comprender todo lo grande que es: semanas enteras hemos corrido, y muy de prisa, sin encontrar nada por delante, sin ver nada más que agua azul y profunda. En los mismos archipiélagos no son las islas más que puntos microscópicos muy separados entre sí. Acostumbrados como estamos á estudiar cartas hechas en pequeña escala, recargadas de puntos, sombras y letreros, se nos hace muy difícil comprender lo muy pequeña que es la proporción de las tierras respecto á la de las aguas en esta extensión inmensa. Hemos atravesado el meridiano de los antípodas y nos hace dichosos la idea de que cada legua recorrida ahora nos acerca á Inglaterra. ¡Los antípodas! Es esta una palabra que evoca en el espíritu innumerables ideas desarrolladas en la infancia, multitud de perplejidades experimentadas entonces. Todavía hace pocos días pensaba yo en ese límite imaginario, como en un punto definido en nuestro viaje hacia la patria; hoy tengo que confesarme que todos esos lugares que la imaginación nos representa son otros tantos fantasmas, que el hombre no consigue nunca alcanzar. Una tempestad que ha durado varios días nos ha dado tiempo para calcular lo que todavía nos queda que hacer antes de regresar á nuestro país, y nos ha hecho desear más, si cabe, el término del viaje.

21 de Diciembre.—Por la mañana penetramos en la bahía de las islas, y en el momento de entrar cae el viento, por lo cual llegan las doce del día antes que logremos echar el ancla. El país es montañoso; sus contornos redondeados; muchos brazos de mar que parten de la bahía, penetran muy adentro en las tierras. A cierta distancia parece el suelo cubierto por prados de hierbas ordinarias, que no son más que helechos. En las colinas distantes y en algunos lugares de los valles se ven muchos árboles. El tinte general del país no es verde brillante, sino que se parece algo á la región situada al Sur de Concepción en Chile. En varios puntos de la bahía bajan hasta la orilla del agua varios pueblecillos compuestos de casas cuadradas y limpias. En el puerto hay tres baleneros, y de vez en cuando atraviesa una canoa de un punto á otro de la costa. Con esas ligeras excepciones citadas parece reinar en todo el país la quietud más completa. Una sola canoa sale á nuestro encuentro. En suma: esta soledad y el aspecto total del cuadro forman duro y poco agradable contraste con la alegre acogida que tuvimos en Taití.

Por la tarde nos dirigimos á tierra, desembarcando junto á uno de los más numerosos grupos de casas, que apenas merece el nombre de pueblo. Esta aldea se llama Pahia: es la residencia de los misioneros, y no hay en ella ningún indígena, fuera de los criados y los obreros. En total hay unos 200 ó 300 ingleses entre el vecindario de la bahía de las islas; todas las casitas, que están blanqueadas con cal y muy limpias, son propiedad de los ingleses. Las chozas de los indígenas son tan pequeñas é insignificantes, que no se las distingue hasta estar encima de ellas. ¡Qué gusto da volver á encontrar en Pahia las flores inglesas que

adornan los jardines que dan acceso á las casas! Hay allí rosas de varias clases, madreselvas, jazmines, alelíes y cercados enteros de agavanzos.

22 de Diciembre.—Voy á dar un paseo por la mañana, pero no tardo en convencerme de que es imposible recorrer el país. Todas las colinas están cubiertas de helechos inmensos y de unas plantas parecidas al ciprés, que forma maleza apretadísima; hasta ahora no se ha roturado y cultivado sino muy poco terreno. Trato de recorrer la orilla del mar, y también allí, por donde quiera que dirigía mis pasos, me veía detenido por brazuelos de mar ó por profundos arroyos. Como sucede en Chiloé, no pueden comunicarse los habitantes de los diferentes puntos de la bahía sino embarcados. Con alguna sorpresa observo que casi todas las colinas han estado en otro tiempo fortificadas. La cumbre está labrada en gradas ó terrazas sucesivas y defendidas además, muchas de ellas, por un foso profundo. Después vi que también las colinas principales del interior tienen esa forma artificial debida al trabajo humano, á lo cual llaman los habitantes los *palis* y de que habla mucho Cook con el nombre de *Hippali*, diferencia de pronunciación que depende de que en el segundo caso va el artículo añadido al nombre. Los montones de conchas y las zanjas en que me han dicho que acostumbran los indígenas á conservar las patatas, prueban que en lo antiguo estuvieron muy poblados los *palis*. Como en estas colonias no hay agua, no podían sus defensores sostener en ellas un sitio prolongado; pero podían impedir un ataque repentino y defenderse gradualmente de terraza en terraza. La introducción general de las armas de fuego ha cambiado todo el sistema de la guerra en estos pueblos, puesto que la cumbre de una colina es

hoy una situación muy expuesta; por eso se construyen hoy (1835) los *palis* en las llanuras. Consisten éstos en una doble estacada formada con pedazos de madera muy gruesos y muy altos, colocados en zigzag, de manera que se puede hacer frente al enemigo por detrás ó por los flancos. En el interior de la estacada se levanta un montecillo artificial, detrás del cual pueden abrigarse los defensores del fuerte. En la empalizada de circunvalación se abren varias puertecillas muy bajas para que los defensores puedan salir á reconocer al enemigo. Añade el reverendo V. Williams, á quien debo estos detalles, que en uno de esos *palis* habíanse encontrado separaciones, y preguntándole al jefe para qué servían, le dijo que para separar á los hombres, á fin de que si algunos eran muertos los de al lado no los viesan y no se desalentaran.

Los neo-zelandeses consideran estos *palis* como excelente medio de defensa; y en efecto, sus enemigos no han estado nunca lo bastante disciplinados para precipitarse en grupos sobre la empalizada, destruirla y tomarla. Cuando una tribu guerrea, no puede el jefe mandar á un hombre que vaya aquí ó allí: cada uno combate como mejor le parece; ahora bien, todos deben considerar que aproximarse á una empalizada defendida por hombres que llevan armas de fuego, es exponerse á una muerte segura. No creo, sin embargo, que pueda darse raza más guerrillera que los neo-zelandeses. Su conducta, cuando vieron por primera vez un buque, como lo cuenta el capitán Cook, es el mejor ejemplo: se necesita, en efecto, un valor muy grande para apedrear un objeto tan grande y tan nuevo, y para gritar: «Venid á tierra, os mataremos y os comeremos á todos.» La mayor parte de sus trajes y hasta sus más insignificantes actos demuestran

ese espíritu guerrero. Si un neo-zelandés recibe un golpe, aunque sea jugando, tiene que devolverlo; y he visto varios ejemplos.

Gracias á la civilización son ya las guerras mucho menos frecuentes, fuera de las de las tribus meridionales. Me han contado un rasgo característico de estas tribus ocurrido hace algún tiempo. Llegó un misionero á casa de un jefe y encontró á toda la tribu preparándose para la guerra; los fusiles estaban limpios y dispuestas las municiones. Hizo el misionero largos discursos para convencer á los indígenas de la inutilidad de la guerra y la simpleza de las causas que á ella los impulsaban, y tanto y tan bien habló que el jefe adoptó la inquebrantable resolución de renunciar á la guerra; pero se acuerda de improviso de que tenía un barril de pólvora en muy mal estado y que no podría conservarse ya mucho tiempo: este fué argumento irresistible que demostró la necesidad de una guerra inmediata; porque habría sido una lástima perder tan buena pólvora, y quedó decidida la lucha. Me han contado los misioneros que el amor á la guerra ha sido el único y exclusivo móvil de todas las acciones de Shongi, el jefe que estuvo en Inglaterra. La tribu de que era jefe había sido antes muy oprimida por la que habita las orillas del río Thames; y los hombres juraron solemnemente que tan pronto como sus hijos tuviesen edad y fuerza suficientes para luchar, no perdonarían nunca lo que se les había hecho sufrir. El principal objeto del viaje de Shongi á Inglaterra había sido encontrar los medios de cumplir ese voto. No se cuidaban de los regalos que se les hacían sino en tanto que pudiesen convertirse en armas; no les interesó más que la fabricación de éstas. Por una extraña coincidencia al pasar por Sydney encon-

tró Shongi en casa de Mr. Marsden al jefe de la tribu de las orillas del Thames; se saludaron cortesmente, y después dijo Shongi á su enemigo que tan pronto como volviese á Nueva-Zelanda le haría una guerra sin tregua ni cuartel. El otro aceptó el reto, y en cuanto Shongi volvió cumplió su palabra al pie de la letra; acabando por destruir por completo la tribu del Thames y por matar al jefe á quien había desafiado. Fuera de ese vivo sentimienso de odio y de venganza Shongi era, dicen, una buena persona.

Por la tarde, voy con el capitán Fitz-Roy y con Mr. Baker, uno de los misioneros, á visitar á Kororadika; paseamos por el pueblo charlando con mucha gente, hombres, mujeres y niños. Como es natural, comparamos á los neo-zelandeses con los taitianos, que en medio de todo, pertenecen á la misma raza; pero no resulta ventajosa la comparación para los primeros: tal vez tengan más energía que los taitianos, pero por todos los demás conceptos son inferiores á estos. No hay más que mirar á unos y á otros para convencerse de que los unos son salvajes y los otros hombres civilizados. En vano se buscaría en toda Nueva Zelanda un hombre con la expresión y el aire distinguido del viejo jefe taitiano Utamme. Quizá depende esto de que los extravagantes dibujos del tatuaje de los neo-zelandeses les den un aspecto desagradable. Sorprende y choca, cuando no se está acostumbrado á ver los complicados aunque simétricos dibujos del tatuaje que cubre los cuerpos de estas gentes; y es también muy probable que las profundas incisiones que se hacen en la cara destruya el juego de los músculos superficiales y les dé el aire de rigidez inflexible que presentan. Al lado de esto tienen también cierta expresión en la mirada que indica astucia

y ferocidad. Son altos y muy robustos pero no puede comparárseles, bajo el punto de vista de la elegancia, ni con las clases más inferiores de Taití.

Sus personas y sus casas son muy sucias y despiden un olor horrible, como si jamás hubiesen tenido ni pensamiento de lavarse ó de limpiar sus cosas. He visto á un jefe que llevaba la camisa negra y tan cubierta de porquería, que parecía almidonada. Preguntándole cómo era que iba tan sucio: «¿Pero no ve V., me respondió con extrañeza, que es una camisa vieja?» Algunos llevan camisa, pero la costumbre general del país es una manta grande y muy sucia que llevan sobre los hombros con poquísima gracia. Algunos de los jefes principales tienen trajes ingleses bastante limpios, pero no los usan más que en las grandes solemnidades.

23 de Diciembre.—Los misioneros han comprado algunos terrenos para establecer cultivos en un sitio llamado Waimate á unas 15 millas de la bahía de las islas y á mitad de camino entre la costa occidental y la oriental. Me habían presentado al Rdo. W. Williams, quien, cuando le manifesté mi deseo me invitó á visitar su establecimiento, y M. Buthby, el residente inglés, me ofreció llevarme embarcado á un ancón donde vería una bonita cascada, lo cual acortaría mucho el camino que tenía que hacer á pie. También me proporcionó un guía. Preguntó á un jefe vecino, si podría recomendar á alguien para que me guiase y el mismo jefe se ofreció á acompañarme. Tan por completo ignoraba este jefe el valor del dinero que me preguntó primero cuántas libras esterlinas le daría por su servicio, y en seguida se conformó con dos *dollars*. Cuando le enseñé un paquetito que quería llevar declaró que tenía que hacerse acompañar

por un esclavo. Estos sentimientos de orgullo comienzan á desaparecer; pero hace poco tiempo, cualquier jefe hubiera preferido morir, antes de someterse á la indignidad de llevar la más pequeña carga. Era mi guía hombre activo; llevaba una capa muy sucia y la cara toda pintarrajeada; en otro tiempo era un gran guerrero. Parecía estar en muy buenas relaciones con M. Buthby, lo que no impedía que á veces tuviesen violentos altercados. Mi compatriota me dijo que el mejor medio de llegar á entenderse con esta gente, aun en los momentos en que más encolerizados se hallan, es reirse tranquilamente de ellos. «Un día vino este jefe á decirle á M. Buthby amenazándole: Un gran jefe, un grande hombre, uno de mis amigos ha venido á visitarme; es menester que V. le dé algo muy bueno que comer, que le haga V. buenos regalos, etc.» M. Buthby le dejó concluir y después le dijo con mucha calma: «¿Y qué más tendrá que hacer su esclavo en favor de V.?» El otro le miró con aire de grandísima sorpresa, pero dejó sus bravatas.

Hace algún tiempo tuvo que resistir un ataque mucho más serio. Un jefe acompañado de mucha tropa trató de penetrar en su casa á media noche; pero no pudiendo lograrlo, iniciaron un fuego de mosquetería bastante vivo. Mr. Buthby fué herido ligeramente, pero logró rechazar á los agresores.

Poco después se descubrió al autor, al jefe que había mandado aquella tropa y se provocó una reunión para tratar el asunto. Los neo-zelandeses consideraron este acto como odioso, por haber tenido lugar el ataque durante la noche y por estar la señora de Buthby enferma en la casa (hay que declarar en honor suyo que consideran la presencia de una persona enferma como una protección), y convinieron en confiscar las tierras

del agresor para remitírselas al rey de Inglaterra. Hasta entonces no se había dado ejemplo de que un jefe fuese juzgado ni menos aún castigado. Además fué degradado aquel individuo; lo que los ingleses consideraron mucho más importante que la confiscación de sus bienes.

En el momento en que el barco abandonaba la costa, entró en él otro jefe, que no tenía más deseo que pasearse por el ancón. No he visto en mi vida expresión más horrible, ni más feroz que la de la cara de aquel hombre; y sin embargo me parecía haber visto su retrato en alguna parte: lo encontrará el que desee verlo en los dibujos que ha hecho Retzsch para ilustrar la balada *Fridohir* de Schiller, donde dos hombres empujan á Roberto al horno: éste es el que pone el brazo sobre el pecho de Roberto. Prescindiendo de esto, tenía en mi presencia un perfecto ejemplo de fisonomías; este jefe era un asesino, y al mismo tiempo, la iniquidad personificada. Cuando desembarcamos me acompañó Mr. Buthby algunos metros para mostrarme el camino. No pude por menos de admirar la imprudencia del viejo cochino que habíamos dejado en el barco, cuando le grito á Mr. Buthby: «No se estén Vds. ahí mucho tiempo, que me carga esperarlos aquí».

El camino que seguimos es un sendero muy batido, orlado en ambos lados por altos helechos semejantes á los que cubren todo el país. Al cabo de algunas millas llegamos á una aldeilla compuesta de varias chozas rodeadas de campos de patata. La introducción de esta planta en Nueva-Zelanda, ha sido un beneficio para esta isla. Hoy se cultiva más que ninguna otra legumbre indígena. Este país presenta una ventaja natural inmensa; y es que no pueden morir de hambre sus habitantes: ya he dicho que todo el país está